

www.elboomeran.com

Eugenio Baroncelli
DOSCIENTAS SESENTA
Y SIETE VIDAS EN DOS
O TRES GESTOS
Libro de las candelas

TRADUCCIÓN DE NATALIA ZARCO

EDITORIAL PERIFÉRICA

PRIMERA EDICIÓN: marzo de 2016
TÍTULO ORIGINAL: *Libro di candele. 267 vite in due o tre pose*

© Sellerio Editore, Palermo, 2008
© de la traducción, Natalia Zarco, 2016
© de esta edición, Editorial Periférica, 2016
Apartado de Correos 293. Cáceres 10001
info@editorialperiferica.com
www.editorialperiferica.com

ISBN: 978-84-16291-28-1
DEPÓSITO LEGAL: CC-105-2016
IMPRESIÓN: Kadmos
IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

El editor autoriza la reproducción de este libro, total o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre y cuando sea para uso personal y no con fines comerciales.

*A E. B., compilador de tantas vidas, quien también
perderá la suya y caerá en un inmerecido olvido si
aquí no lo recordase.*

*A los fantasmas, que tienen tantísimo tiempo para
leer porque no viven en el tiempo.*

*Quedan atrás los días ya pasados,
una triste línea de velas apagadas;
las más cercanas aún despiden humo,
velas frías, derretidas y torcidas.*

CONSTANTINO CAVAFIS

*Todas las vidas tienen una historia,
pero pocas se acaban escribiendo.*

PER OLOV ENQUIST

*No hay mejor prueba de que alguien
ha pasado por este resbaladizo mun-
do que una biografía, breve o exten-
sa, exhaustiva o incompleta; siempre
y cuando alguien la lea.*

Advertencia

Es cierto, durante el último año y medio he vivido la vida de otros. ¿Pero de quiénes? La verdad es que estas biografías o, mejor dicho, simulacros de biografías son fruto del azar, el azar de mi biblioteca y el de mi memoria, que acaso sean la misma cosa. No hay ningún esquema previo. No hay ninguna razón convincente por la que en este libro Marcel Proust conviva con Atahualpa o mi padre aparezca después que yo (culpable capricho del orden alfabético*).

Es cierto también que, al releer el libro que se ha escrito, uno encuentra cosas que ni mucho menos soñó incluir. ¿Habría un motivo por el que esto parezca la sala de admisiones de un hospital lleno de lisiados: el santo Ignacio y el sanguinario Timur; la heroica Wittman y Talleyrand de niño; el ingeniero Barendson; el neurasténico Conrad y el emperador

*La traducción de los nombres propios de algunos *personajes* (nos referimos, claro, a las figuras históricas clásicas o a los escritores o personajes en lenguas como el ruso, árabe, etc.) al español ha alterado ligeramente ese orden alfabético. Hemos preferido, sin embargo, mantener el orden del texto original por el «ritmo» interno que encontrábamos en el libro, por las conexiones entre «entradas», por los «links», si se nos permite decirlo así, que nos llevaban en ocasiones de unos a otros, etcétera. Todo ello nos parecía muy relevante; y en el índice encontrará el lector toda la ayuda necesaria en su tarea de búsqueda. (Nota de los editores españoles.)

Carlos, víctima de la gota; Flavio Dionisio, general afortunado, y el colonial Gessi; el patriótico Santa Anna, Rimbaud amputado y todos los mutilados de guerra como Cendrars, Obregón o Cervantes? A no ser que piense en mi rodilla operada de menisco, que cruje peligrosamente cuando cambia el tiempo, no se me ocurre ninguno. ¿Habrá entonces un motivo por el cual entre los títulos de estas vidas abunden los tuertos y los ciegos: la Neurath niña y el decrepito Mehmet, el agotado Jean Paul y el estoico Ridolfi, el mártir mexicano Gustavo Madero y el diablo bohemio Zizka, Valente el emperador perdido o Stesicoro el poeta venturoso, el innombrado khan de Lütfi y el desventurado Amedeo de Regibus? Pues a no ser por la fastidiosa triquiásis que me atormenta aproximadamente desde hace año y medio, no veo ninguno.

Eugenio Baroncelli
Rávena, octubre de 2007

Incipit

Este libro pretende ser más o menos lo que realmente es, el trabajo de quien documenta escrupulosamente los hechos, y sobre ellos, en sus mejores páginas, reflexiona. Es una ficción improvisada de la erudición del autor para justificar no la vida de éste o aquél, sino la suya. Demuestra con ello una verdadera ley melancólica: no existe escritor más autobiográfico que el biógrafo.

Luigi Leone Carbone

Pescara, septiembre de 2007

AMANTES

Ninguna novela (pero mucho romance).

ROLAND BARTHES

Cuanto más obsesiva es una vida, como lo es la de los amantes, más perversa es la biografía que la cuenta.

Guglielmo Basta, coleccionista casto

¿Se puede *completar* una colección? Si se pudiese, el coleccionista no tendría más objetos que buscar. A esto es necesario añadir que las mujeres (las que él coleccionaba, bellas y feas, insignificantes o fatales) no se acaban nunca.

Nació en Argenta en 1944. De niño descubrió, quién sabe cómo, lo que le gustaba a las mujeres. Pronto pudo dejar de pagarles y empezó a anotar sus conquistas en el cuaderno de matemáticas. Hacía como el divino Petrarca, a quien no había oído nombrar nunca. Al llegar a los veinte años comprendió que lo mejor era limitarse a seducirlas y lo menos importante, llevárselas a la cama. Libros no leía, pero sin saberlo imitaba el tic del bibliófilo, a quien jamás se le ocurriría abrir las páginas de un libro intonso hallado en una biblioteca deliciosamente abandonada. Al morir, en octubre de 2004, dejó dos cuadernos enteros y la mitad de un tercero.

Si la rareza del objeto excusa el hurto, él, desde luego, excusas no tuvo.

*Irma Brandeis,
la mujer que amó Eugenio Montale*

«A disastrously stupid meeting.» Algunos amores empiezan así, con un encuentro absurdamente estúpido. Llegada a Florencia desde Nueva York, donde nació en 1905 en una rica familia judía, enseñaba italiano en el Sarah Lawrence College, y fascinada por las breves páginas de *Huesos de sepia*, que un amigo le había recomendado leer en julio de 1933, corrió al Gabinete Vieusseux, que entonces dirigía Montale, y pidió verle.

El resultado, pese a todo, fue desastrosamente inteligente. El 2 de agosto, deslumbrado por aquellos ojos «de acero», él le escribió desde Londres, donde se encontraba de vacaciones con la Tanzi, para decirle que la echaba de menos «terriblemente». Una de las ciento cincuenta y cuatro cartas que le escribirá durante los casi siete años de separación y los treinta días, o poco más, de contacto directo, y que son la medida de esta historia. (Las cartas de ella, robadas por una mano malintencionada o vengativa, se han perdido.) El hecho es que aquella que el 7 de septiembre se embarca en el *Rex* para volver a Nueva York es ya una mujer enamorada y correspondida. Que él la llamase Clizia, como la ninfa que según el mito fue transformada en girasol, debía de halagarla. Que a menudo firmase con el nombre de Arsenio, el propietario de aquellos elocuentes oxímoron («delirio de inmovilidad», «inmóvil caminar»), no la hizo sospechar: tenía veintiocho años y otras cosas en que

pensar, por ejemplo en la bañera del hotel Bristol de Génova, de la cual, como una Venus emergente de las aguas, salió enjabonada para ser abrazada por él, quien en más de una carta recordó luego ese momento. Pero existía otra mujer. Desde hacía años Montale estaba con Drusilla Tanzi, arrebatada a su marido, el historiador de arte Matteo Marangoni. Gerti Frankl, *la tigré*,¹ experta en horóscopos, había bautizado a la Tanzi como la *Mosca* no sólo por empatía zoológica; durante ese tiempo aquel vínculo sumió a Montale en un estado de resoluta aceptación, como lo llamaría, precisamente, Arsenio. Cuando se enteró de la existencia de Irma, la *Mosca* no se lo tomó nada bien. Lloró, protestó y lloró, pero únicamente cuando llegó a interpretar una teatral amenaza de suicidio, él decidió revelar a Irma la «monstruosa» verdad (7 de febrero de 1935, carta desesperada). A juzgar por la única carta de ella que se conserva (porque finalmente no tuvo ánimo de enviarla), tampoco Irma se lo tomó muy bien: tacha a la otra de histérica y a él de despreciable, se queja de no tener elección, lanza también sus amenazas (hacer el amor con otro) y le informa de que su corazón ha decidido destruirla «con un ritmo desagradable, rápido y a flor de piel» (21 de febrero).

Se vieron una vez más en el verano de 1938, oscurecido por las amenazantes nubes de guerra. Ambos sabían que era la última. Él le había escrito y reescrito prometiéndole que se reunirían en América, pero ella

¹ Etnia semítica a la que pertenecía la Frankl. (Esta nota y las siguientes son de la traductora.)

no le creyó. Si al menos hubiese tenido valor, pensó, habría sido un cobarde perfecto. Lo despidió «para luego entrar en la oscuridad» y se fue a envejecer más allá de un insuperable océano, hasta que, cerca de los ochenta años, en junio de 1981, recibió una nota en papel con membrete del Senado en la cual, con la trémula y casi ilegible caligrafía de una araña, un poco en italiano y otro en aquel inglés suyo permanentemente aproximado, le dijo así: «*Irma, you are still my Goddess, my divinity. I prie for you, for me. Forgive my prose. ¿Cuándo, cómo nos volveremos a ver? Te abraza tu Montale*».

Tres meses después murió. Ella tardó nueve años aún en seguirlo, ya sólo era un pedazo de Irma. Era la llamada Única Madre (*Only Begetter*, cuyo anagrama, por una fatal rotación de las letras, suena justamente *Letter Gone By*, esto es: carta perdida), a quien el poeta dedicó «Las ocasiones», ese largo poema sobre la ausencia y la separación. Murió llevando «un manto alado», iluminada por un «radiante esplendor», inalcanzable y vacía como una diosa. O quizá no murió; ella, que en los pasados tiempos de agitación había interpretado siempre el papel de la ilesa triunfadora.

Marianna Defilippis, muda por amor

Nació en Turín en 1952. Tuvo un único amor, el primero. Lo conoció la tarde del 21 de septiembre de 1969 en una fiesta de cumpleaños, lo besó tras las puer-

tas chirriantes del portón de casa y vivió de golpe el colmo de la felicidad. No podía dormir. Cogió papel y pluma para escribir su primera carta de amor pero tropezó con las palabras. «¿Enamorada?» Teatral. «¿Amante?» Grotesco. «¿Amiga?» Falso.

Otras no se le ocurrían. Al alba, decepcionada por una lengua tan poco amorosa, perdió el habla. Murió en febrero de 2002, por un tumor de colon, sin haberla recuperado.

Herodes Antipas, tetrarca mujeriego

Hijo de Herodes el Grande y de una de sus diez mujeres, la samaritana Malthake, heredó de su padre la cuarta parte del reino, es decir, la fatídica Galilea. Hacia el 35 d.C. tuvo la suerte o la desgracia (decida usted mismo) de encapricharse de la hechicera Herodías, quien, hija de su hermanastro Filipo, era al mismo tiempo su cuñada y su sobrina, y de repudiar por ella a su mujer, la celosa hija del rey árabe Aretas. El hecho desató las iras *convergentes* del suegro, que por toda respuesta invadió Galilea en una humillante venganza, y de Juan llamado el Bautista, que contra aquella desenvuelta política matrimonial tronó hasta acabar perdiendo la cabeza.

En el año 39, instigado por la ambiciosa Herodías para que aspirase al título de rey, viajó a Roma en busca de la promoción, pero allí, precedido por la sospecha de haber ordenado oscuras tramas contra el César, fue declarado culpable. Depuesto, sería des-

terrado a un pueblucho del Pirineo olvidado por los dioses, donde en poco tiempo se consumió de nostalgia. Tenía sesenta años.

Cipriano Frick, enfermo del corazón

Nació en Vigevano, en 1940, de padre luxemburgués y madre lombarda. Tuvo amores fáciles e insignificantes hasta 1971, cuando conoció a Fatima Franzetti, mujercita exasperante, de la que se enamoró perdidamente. Impenetrable, vestida con sus frívolas faldas pantalón, Fatima lo rechazó, pero ya se sabe cómo son estas cosas: cuanto más huyen ellas, más nos empeñamos (hablo en nombre de los hombres) en perseguirlas. Frick se encerró en su casa de la colina y le escribió mil cartas; en una comparaba su estado con la tela de una desgraciada araña; las últimas las escribió ya con la frágil caligrafía del fantasma en el que se había convertido, pero no obtuvo jamás una respuesta. En marzo de 1974 envolvió su infelicidad en aquella tela de araña ya adulta, hizo las maletas y emigró hacia la región de Italia en la que ella lo amaba.

Anton Egorovich Galitzin, embajador enamorado

*Una temporada no constituye la vida de nadie,
pero, por suerte o por desgracia, la ilumina.*

En el verano de 1768, el embajador de Catalina II de Rusia en París fue repentinamente requerido desde San Petersburgo. Se le cayó el mundo encima por su amor no correspondido a la esquivia Mademoiselle Dornet, a quien había invitado a ir con él y de la que recibió el rechazo que esperaba. Tuvo que partir solo y desesperado, pero en la primera parada, en Aix, inesperadamente, conoció a una joven condesa prusiana y se casó con ella de inmediato. Sólo entonces comprendió su imprudencia: había dejado en manos de la señorita Dornet dos retratos comprometedores, que debía recuperar, fuera como fuera, lo antes posible. Envió a París a un mensajero de confianza que debía rogar al célebre ladrón Desgrosses que interceptase los retratos y resolviera así el problema. Desgrosses, disfrazado de médico turco, visitó a Mademoiselle Dornet y le explicó lo necesario que era deshacerse de todos los objetos capaces de suscitar malos recuerdos. Ella, de cuya hipocondría se murmuraba en todos los salones de París, estaba ya casi convencida, cuando Desgrosses, contrariado por el fracaso de otro de sus robos, se pegó un tiro con un revólver. Un mes después de recibir la noticia, Galitzin se preparó para lo peor, pero lo peor no llegó nunca. Pasaron los años. Envejeció en San Petersburgo y murió en 1795 (llorado por todos los ministros y por la mujer prusiana, que durante ese tiempo le había dado dos hijos) sin llegar a saber que los dos retratos los había perdido él mismo en un descuido.